



Lupita Divina
José Luis González

Humanidades



Lupita Divina

José Luis González

Lupita Divina

José Luis González

HUMANIDADES



Abril 2022

Lupita Divina

Lupita Divina

José Luis González y González ® 2022

Fb: Santiago Tangamandapio Michoacán - Mágico

Fb: Lupita Medina

Editor: E Adair Z V

Ediciones Ave Azul

aveazul.com.mx

Fb: Ediciones Ave Azul

Tw: @aveazulmx

edicionesaveazul@gmail.com

Versión 1.0

Queda prohibida la reproducción total o parcial con fines comerciales, salvo permiso escrito del autor.

// Reproduction in whole or in part by any means without written permission of the author is prohibited.

ÍNDICE

Declaratoria	7
Tangamandapio	17
Lupita Medina	27
La escuela Oficial Justo Sierra	33
Servir a la comunidad	39
Vivir el Evangelio	47
Paraíso a las faldas del cerro de La Loca	53
El legado de Lupita Medina	59

Lupita Divina

José Luis González

Declaratoria

Esta historia no es ni común, ni corriente, porque habla de una mujer excepcional que dedicó su vida, al lado de su esposo don Jesús Torres, a buscar justicia para las personas más necesitadas, recopilando recursos de personas de buen corazón y entregándolos de manera multiplicada a quienes tenían una forma de vida escasa de alimentos y esperanzas.

Esta es una versión de algunas personas, quienes vivieron con la familia de Lupita y don Jesús, de las historias de personas que tuvieron la oportunidad de ayudar, de recibir ayuda, de acompañarlos a su casa en el cerro, de sus percepciones de verla en la iglesia, y en su rápido andar por las calles del pueblo.

Lupita Medina y don Jesús Torres no pueden ser derechos reservados de unos cuantos. Más bien, son y serán de todos quienes tuvieron un contacto cercano o distante y discreto. Nadie puede platicar por sí mismo la historia de Lupita Medina. Más bien, la historia la cuentan sus

Lupita Divina

obras, desayunos, nacimientos, y de quienes recibieron de sus manos la comunión de los enfermos, quienes entregaron recursos de buena voluntad, y en general cientos de personas, principalmente de Tangamandapio.

Cada grupo de personas, que se han conformado para desarrollar ideas y generar acciones de ayuda por quienes más necesitan, tienen nuestro más grande reconocimiento. Lo más importante es sumar, para conseguir multiplicar, porque no caben sentimientos de envidias, ni competencias insanas. Más bien, ayudar sin buscar el aplauso, con esa humildad y sencillez que nos dejaron ver Lupita y don Jesús a lo largo de su fructífera vida.

Con este trabajo no pretendemos sustituir o minimizar el que han hecho otros grupos en torno a la figura de la benefactora, sino que queremos reconocerlos, valorarlos y fortalecerlos, sumando nuestra voluntad y conocimiento. Nuestros objetivos son:

José Luis González

1. Queremos agregar el nombre de la calle Melchor Ocampo por calle Lupita Medina
2. Hacer una crónica de su vida
3. Crear y operar una casa con temática de su vida y obra
4. Diseñar e instalar una estatua de Lupita Medina
5. Organizar grupos de caminata a la casa de Lupita Medina en el cerro
6. Declarar el día de su nacimiento como día Lupita Medina
7. Diseñar y emitir una moneda conmemorativa de Lupita Medina

Es de gran interés continuar la labor de amor de Lupita Medina, sin fines de lucro, la Lupita de todo Tangamandapio, quien sembró el amor en nuestros corazones. Por eso los grupos deben estar abiertos para todos, sin fines personales ni partidistas, de manera completamente transparente.

Es importante reconocer el trabajo del Grupo Lupita Medina Siempre, conformado por:

Lupita Divina

- Alejandra Navarro Sánchez
- Delia González González
- Raúl Moreno González
- Flora González Cortés
- Roberto González González
- Emilia Hernández Hernández
- José Coyazo Amézcua
- Socorro Oregel
- José Luis González González
- Margarita Valdéz Torres
- Roberto Torres López
- Judith González González
- Juan Torres González

Además, han colaborado: Guadalupe Gonzalez González y Julia González Carriedo

Prólogo

Una parte importante de la cultura de la sociedad es el acervo que yace en su memoria colectiva. En este caso, la presente obra se nutre de los recuerdos, hechos y anécdotas que relatan la vida de Guadalupe Medina y su esposo Jesús Torres, quienes son para Tamangandapio, Michoacán, algo muy cercano a santos, o beatos, que dieron parte de su vida al servicio social y la caridad con los suyos. Este relato se basa en las investigaciones de Ernesto Ochoa, y se suma al trabajo colectivo por recabar e impulsar el reconocimiento de ese matrimonio que tanto dio por la caridad y la construcción de un núcleo católico en su comunidad.

Desde Ediciones Ave Azul nos entusiasma recabar distintas voces que abonan al debate y la construcción de la historia de las sociedades que nos componen. En este caso, la crónica de una vida dedicada a las buenas acciones se ve impulsado por el cariño y la necesidad colectiva por mantener viva la memoria. Guadalupe Me-

Lupita Divina

dina y su esposo Jesús Torres son símbolos latentes de lo que se considera en Tangamandapio como personas santas, quienes hicieron su parte en mantener la noción de la caridad y del catolicismo para combatir la doliente pobreza de una comunidad rural michoacana, tan sintomática de muchos de los males del olvido de la modernidad en el siglo pasado.

Más allá de los hechos, la personificación de Guadalupe Medina, ayudan a ensoñar lo que debiera ser la cristiandad, y el oficio de la caridad dispuesta para los demás, en especial los niños en situaciones de marginación, hambruna y negligencia. Quienes aún conservan esos recuerdos se han dado a la tarea de mantener encendida la atalaya que comenzó a alumbrar en 1917, y que se extinguió físicamente en 2004, con el fallecimiento de la “madre de tantos”. Distintos grupos y movimientos sociales se suman a la tarea de hacer perdurar su legado, y de darlo a conocer a las nuevas generaciones, los curiosos y los turistas.

José Luis González

Desde esta casa editorial, nos alegra poder albergar parte de estos esfuerzos, y poner a disposición del lector, de manera generosa, parte de la historia reciente de esta comunidad en Michoacán, México. El autor, José Luis González, que encabeza uno de los múltiples esfuerzos para mantener la llamarada encendida, hace el llamado a la unidad y a mantener la conciencia sobre el legado portentoso del matrimonio que no sólo ayudó a escapar del hambre a los niños de su comunidad, sino que procuró sus estudios y desarrollo personal.

La historia reciente de Tangamandapio, Michoacán, no sería la misma sin esta crónica de la generosidad, que se aborda de manera respetuosa dentro de este libro.

Ediciones Ave Azul, Texcoco de Mora, 2022

Lupita Divina

José Luis González

Lupita Divina

José Luis González

*Con enorme aprecio y respeto al legado de
doña Guadalupe Medina y don Jesús Torres.*

Lupita Divina



Retrato de José Luis González, de Aurelio García Lúa.

José Luis González

Tangamandapio

DICIEMBRE del 2020 fue diferente para la gran mayoría de la gente en todo el mundo. Se tenía la expectativa que la pandemia terminaría y que permitiría tener las reuniones familiares con ciertos cuidados.

Junto con mis hermanos, y con recomendaciones de mi hermano Roberto, quien es doctor, organizamos un par de reuniones al aire libre allá en el cerro, en una de las tierras que heredó mi papá a Daniel, el menor de los diez hermanos. Contratamos una carpa y un servicio de tacos para la comida. Montamos también mesas suficientes para estar separados. Y pusimos como regla el uso del cubrebocas mientras no estuviéramos comiendo. Todo fluyó muy bien. Se empezó a ocultar el sol y la temperatura bajó lo suficiente como para usar suéter o chamarra. Enseguida, otro de mis hermanos empezó a juntar algo de leña y encendió una fogata, momento muy apropiado para sacar los mensajes

Lupita Divina

navideños, recordando los mejores momentos de nuestra familia, y sobre todo de los tres ángeles que tenemos en el cielo.

Salió el tema del gran esfuerzo de mi padre para comprar vacas y algunas cuantas hectáreas de tierra en El Plan, esa misma tierra donde estábamos reunidos en ese momento. Salió el tema del amor que se tenían nuestros padres, y que pensarán en tenerle amor a esa misma tierra. Al final decidieron quedarse a dormir todos los primos mayores.

Precisamente en ese momento, con un frío que cada vez calaba más pese a la fogata, mi hermano Roberto empezó a platicar de una señora muy peculiar, que tenía una casa en el cerro e invitaba a los niños a comer y les enseñaba además del evangelio, el amor a la tierra, la naturaleza y la propia vida. Su nombre era Lupita Medina. Solamente los hermanos conocíamos de ella y empezamos a hablar, los sobrinos se quedaron sorprendidos e interesados en esas pláticas.

Tangamandapio, nuestro pueblo de los años setenta, estaba sumido en la marginación y aislamiento. Era un pueblo de escasos 8,000 habitantes, donde predominaban las actividades agrícolas de temporal sembrando maíz, frijol, garbanzo y algo de verduras y hortalizas por el rumbo de la Gaviota, y hasta los límites con Telonzo.

Había una escuela oficial, era la Justo Sierra, y estaba ubicada al lado de la Colonia López Mateos. Contaba también con uno particular, que era en Colegio Victoria, ubicado al lado del campanario del templo y un pequeño kínder, donde la señora Concha Muratalla daba clases a los párvulos.

Mas de la mitad de las calles estaban empedradas y otras eran de terracería. La plaza y el atrio eran los únicos lugares con mosaicos. Los puercos y burros estaban sueltos en el pueblo y era común verlos sobre la plaza. Había pocas bicicletas y unos cuantos carros o camionetas de carga. La mayor parte de la población utilizaba leña u olotes para prender el fogón y cocinar los

Lupita Divina

frijoles, sopas, y para poner el nixtamal; unos cuantos usaban petróleo diáfano que vendía doña María a un lado del campo de arriba.

A lo largo de las calles había unos cuantos focos de luz eléctrica y en muchos casos se utilizaban los viejos aparatos con mecha para alumbrar un poco dentro de las casas.

Había también unas cuantas televisiones en blanco y negro, con enormes muebles para cargarlos y abundaban los radios de bulbos, donde se escuchaban las noticias, programas de complacencias, partidos de fútbol, peleas de box, y sin faltar las radionovelas, como Kaliman, Chuchito el Roto, Profirió Cadena y muchas otras. Era común ver a la gente parada enfrente de una puerta o ventana donde escuchaba episodios de las radionovelas.

Otros de los pocos atractivos era escuchar las canciones de moda en la rocola del puesto de “Picho”, tomar una nieve con don Samuel, el cual era atendido por sus hijas, un licuado de plátano con Chocomilk con Berna, o comprar o rentar los cuentos con Rodolfo Peral; tales como

Kaliman, Lágrimas y Risas, Memín Pinguin, libro de vaqueros y muchos títulos más. Quien rentaba el cuento podía leerlo ahí, sentado en las bancas de madera, pero siempre había “moscas” que intentaban leer de lejos; pero el “Ropas” los correteaba para que no cayera el negocio.

Se respiraba pobreza en el pueblo.

Había pequeños brotes de buena vida de familias que tenían y sembraban una buena cantidad de tierras o tenían más de veinte vacas de ordeña, o de aquellos que tenían al papá en el Norte y eran responsables de mandar puntualmente el cheque, que llegaba por carta a la tienda de Panchillo Arroyo, ubicada en la calle Madero, frente a la plaza. Él leía los nombres de las personas que tenían carta, las cuales tardaban como un mes en llegar. Las personas que no se presentaban a esa hora normalmente se enteraban por terceras personas, y si no, Panchillo escribía y colocaba la lista fuera de su tienda para que pasaran a buscar su carta. Lo más emocionante era cuando traía cheque esa carta. Hasta decían coloquialmente: «Ahora si vas a comer con

manteca»; se referían a que comerían los frijoles refritos y no de la olla.

Era muy común que los pocos abarroteros tenían una libreta, u hojas de estraza sueltas, donde apuntaban las deudas por el mandado. Era un crédito líquido, porque no cobraban intereses; no se sabía de eso. No todos daban fiado, porque muchas personas quedaban mal, incluso ponían letreros: «Hoy no se fía, mañana sí».

El pueblo tenía sus mejores ventas para las fiestas del veinticinco de julio, doce de diciembre o navidades.

Los niños de esa época jugaban fútbol hasta en la calle, con pelotas ponchadas, y ponían un par de piedras como porterías. También jugaban canicas por temporadas o trompos, valeros, encantados y escondidas. Fabricaban las peligrosas rumfas, que consistían en hacer girar a altas revoluciones una ficha de refresco aplastada y con filo, o una tapa de lata metálica, impulsada con el movimiento de una hilaza que atravesaba por dos pequeños orificios de esa ficha o

tapa. Frecuentemente se cortaban los dedos de las manos, y en ocasiones hasta la cara.

Las niñas jugaban matatena con piedritas redondeadas y una canica que hacían botar, al pelancho o a la lotería entre niños y adultos, apostando galletas de animalitos, apostando el hambre por ganar.

Muchos hombres adultos tomaban al interior de algunas tiendas, diferentes preparados con alcohol o destilados anisados, tequila o cerveza. Solían esconderse en corrales o tejabanes para jugar a las cartas, fumar y tomar algo fuerte, apostando su trabajó en esas tardes y compartiendo pláticas de señores. Mientras tanto, las señoras y los hijos se quedaban esperando que no llegara agresivo o muy borracho, la mujer tratando de ocultar a sus hijos ese estado inconveniente y atentas a prepararle algo de comer, para que “no se acueste sin cenar”.

Muchos niños crecieron así, viendo esos ejemplos, sufriendo la falta de alimentos y de cariño. Nadie podría hacer algo por ellos, ese destino les tocó y tenían que sufrirlo. Tendrían

que esperar a crecer para emprender el viaje al Norte y luchar por una vida distinta.

Muchos niños sobrevivían de la bondad de algunas personas, quienes les regalaban diariamente un cuartillo de leche, al menos para los niños pequeños, o un litro de maíz para las tortillas. También les regalaban unas guayabas o naranjas de temporada, y otros vivían de cortar cargas de leña y venderlas a quienes tenían panadería o en casas particulares.

Más de la mitad de los niños no terminaba de estudiar ni la primaria, porque los padres los ocupaban para ayudar en el cerro. Las niñas tenían menos oportunidades porque no era necesario el estudio, ya que luego se casaban, ya que era desperdiciar el tiempo; por el contrario, tenían que ayudar a lavar, barrer, trapear, y todas las labores propias del hogar.

El cine parroquial era de los pocos lugares de esparcimiento sano para los jóvenes y adultos. Regularmente se tenían programas los jueves, sábados y domingos. Era la única forma de conocer el mundo exterior.

Ocasionalmente llegaban pequeños circos que se ubicaban en algún campo de fútbol y era la atracción de animales salvajes como leones, tigres, elefantes, y acróbatas que volaban por los aires.

Otras veces llegaban unos camiones con húngaros, con señoras muy pintadas de cara y enseñando el escote, quienes leían la mano para decirle la suerte a las personas mayores, que finalmente les quitaban algo de dinero y la suerte seguía su espera. Los padres espantaban a sus hijos, diciendo que si andaban en la calle los podían robar las húngaras.

Lupita Divina

José Luis González

Lupita Medina

NACE Lupita Medina, y así lo describe Ernesto Ochoa Valdez en su crónica:

«“Lupita” como cariñosamente le llamaron, nació el 23 de agosto de 1917 en la entonces pequeña población de Santiago Tangamandapio. Doña Candelaria González, hija de don J. Salomé González y M. Jesús González, bautizó a Lupita dos días después de haber nacido, y la registró con el nombre de Amelia González ante el señor cura Epifanio Padilla. Posteriormente, Amelia adoptó el nombre de Guadalupe, y aunque no se tiene certeza, se especula que se debió a la devoción que tuvo a la Virgen aparecida en el cerro del Tepeyac».

«La infancia de Guadalupe Medina estuvo plagada de limitaciones. La segunda década del Siglo XX fue compleja, y más en comunidades rurales como Santiago Tangamandapio, donde se vivió austeramente. Guadalupe Medina desde su nacimiento quedó al cuidado de

Lupita Divina

su madre y abuela materna, M. Jesús González, a quien ella llamó “Jesusita”. La modesta vida que llevó le imprimió un estilo humilde y carismático, además de que los valores católicos infundidos por su madre y abuela repercutieron en su entrega por aquellos que más necesitaban».

«Personas muy allegadas a Lupita Medina comentan que Lupita Medina hubiera tenido cinco hermanos, pero ninguno de ellos logró superar los tres años.»

José Luis González



Lupita Medina y don Jesús Torres.

Lupita Divina

Siempre entregada a su vocación religiosa, así lo describe Ernesto Ochoa Valdez:

«Guadalupe Medina fue una mujer religiosa. En su juventud participó generosamente en las actividades organizadas por los párrocos. Ingresó a la Acción Católica, agrupación enfocada a la afirmación, difusión, actualización y defensa de los principios católicos en la vida individual, familiar y social, donde llegó a fungir como presidenta. En el periodo armado denominado “cristiada”, el poblado de Santiago Tangamandapio participó activamente, y Guadalupe Medina como presidenta de la Acción Católica, adoptó una posición en defensa de la fe sin importar las represalias que sus acciones pudiesen traer».

«Como la mayoría de las mujeres de la época, se casó joven. El 24 de noviembre de 1935, con dieciocho años, y ante el presbítero Simón Lúa, se celebró la unión de Guadalupe Medina con Jesús Torres Villanueva, hijo de don Jesús Torres y Delfina Villanueva. El enlace matri-

monial se efectuó en la parroquia de Santiago apóstol, y fungieron como testigos don Carlos Morales y don Gregorio Gil. Don Jesús Torres Villanueva apoyó con notoriedad los proyectos altruistas de su esposa y se convirtió en un activo benefactor».

«Los años posteriores al conflicto cristero se tornaron hostiles en las comunidades rurales como S. Tangamandapio. La población quedó dividida. Los 72 agraristas registrados apoyados por el Gobierno emprendieron una lucha contra los simpatizantes católicos, pues éstos últimos los consideraron “traidores de la fe”. A pesar de existir diferencias, las tensiones paulatinamente disminuyeron y el clero buscó recuperar los espacios (templo de Santiago apóstol, curato, construcción anexa al templo) que el ayuntamiento le arrebató durante la cristiada».

Lupita Divina

La escuela Oficial Justo Sierra

CONTINUA el relato de Ochoa:

«El entonces cura, José Caballero, aprovechó el sosiego del Gobierno e incentivó reabrir el colegio parroquial que había dejado de funcionar a causa de los conflictos entre la Iglesia y el Estado. El párroco solicitó el apoyo de Guadalupe Medina, quien convocó a un grupo de personas para ir ante el Presidente Municipal, Agapito Campos, y solicitar se regresaran los inmuebles incautados con la finalidad de reactivar el colegio parroquial».

«El mandatario Agapito Campos fue un católico imbuido en la corriente liberal y accedió ante las suplicas de Guadalupe Medina. El compromiso de regresar el inmueble iba condicionado: los padres de familia debían proporcionar un espacio dónde impartiera clases la escuela de Gobierno, que en dicho periodo funcionaba en los anexos del templo. Los

acuerdos finalizaron y “en medio de aplausos, lágrimas y gritos de alegría, se recibió la llave del edificio que por 21 años había estado en manos del Gobierno”».

«Los pobladores recurrieron a las “Hermanas de los Pobres Siervas del Sagrado Corazón de Jesús” para que se encargaran de la formación de los niños de Santiago Tangamandapio. En la cabecera municipal se organizó una comitiva cuya tarea fue convencer a las religiosas de regresar. Nuevamente se designó a Guadalupe Medina como presidenta. Ésta se dirigió a Zamora para solicitar el regreso de las religiosas a Santiago, y para mayor formalidad llevaron una carta del entonces cura don José Caballero dirigida a la reverenda madre Lucia Magaña, quien era la supervisora general. La religiosa se negó a tal petición, y ante ello refirió Guadalupe Medina: «Madre, vamos con el Gobierno y nos dicen que no nos ayuda porque somos cristeros; luego venimos acá y nos dice usted que no porque... ¿Qué somos? Ma-

dre, por favor. No nos iremos de aquí hasta que nos diga que sí».

«La madre directora accedió, pero solicitó que se diesen a la tarea de acondicionar la casa en la que se hospedarían las religiosas; de igual manera fueron comisionados a restaurar los daños más notorios de los anexos para iniciar la enseñanza de los niños y niñas. Por otro lado, el acuerdo entre Guadalupe Medina y el mandatario municipal incluyó que los católicos se encargarían de los gastos que generara la escuela pública, y nuevamente fue “Lupita” quien salió a pedir ayuda a los vecinos para apoyar al colegio y pagar la renta de la casa que servía como escuela oficial. Ante ello, expresó: «La gente ayudaba con gusto para al colegio, pero para la escuela oficial no quería ayudar. Yo tuve que pagar la renta por más de un año, mientras que les daba lata a los padres de familia para que ayudaran y se dieran prisa en la construcción del edificio que ahora es la escuela Justo Sierra».

Lupita Divina



Escuela Justo Sierra, hoy Casa de la Cultura de Tangamandapio (Colonia Adolfo López Mateos); el cerro de La Loca al fondo. Se comenzó a edificar el 20 de octubre de 1950, según refiere Ernesto Ochoa. Terreno baldío donde juegan futbol los niños. Fotografía de la colección de Aurelio García Lúa.

«Guadalupe Medina no sólo influyó en el ramo educativo. En la década de 1960 el templo parroquial se enfrentó a un deterioro notorio consecuencia de la falta de mantenimiento. Ante la necesidad de remodelar la estructura, Guadalupe Medina se dio a la tarea de organi-

José Luis González

zar pequeñas quermeses, apoyada por vecinas, con la intención de recaudar fondos para el templo. En años más próximos, influyó en el rescate de la casa conocida como “diezmo”, hoy “casa de la cristiandad”. Apoyó con alimentos y colegiaturas a niños de escasos recursos, y siempre se preocupó por las vocaciones incentivando a niños y jóvenes a acceder al seminario para convertirse en “seguidores de Cristo”.»



Grupo de primaria en la escuela Oficial Justo Sierra, Tangamandapio. Año estimado 1966.

Lupita Divina

Servir a la comunidad

UN REFUGIO de paz y de espiritualidad se observaba en cada corral. En cada niño descalzo y desnutrido se notaba el descuido, en su cara chorreada y sus cachetes reventados, rascándose la cabeza y con miradas tristes y escurridizas; era la cara del abandono, el hambre y los sueños rotos, preocupados casi siempre por la comida, por un taco o un plato de sopa o frijoles.

Pasaban muchas generaciones y la vida seguía igual. Seguían naciendo las personas que llegaban a sufrir. Parecía el destino manifiesto. Cada persona estaba en lo suyo, mirando pasar el tiempo, acudiendo al templo a escuchar las misas y pedirle a Dios que los ayudara a salir bien librados, y que los protegiera de todo mal. Saliendo del templo, las cosas seguirán igual, nada cambiaba.

Entre esas personas que iban al templo y rezaban, se encontraba Guadalupe Medina, a quien de cariño la llamaban Lupita Medina. Mujer

Lupita Divina

casada con don Jesús Torres, quienes no habían recibido la gracia de tener hijos propios. Pero que empezaron condoliéndose del dolor ajeno y actuando en consecuencia. Ellos entendieron que su misión era clara y que esos niños tristes y abandonados no debían ser condenados a sufrir. Empezaron a vivir los evangelios, ayudando al prójimo, empezando por invitar a los niños más pobres a comer a su casa, disfrutando de esos momentos y alimentando su espíritu.

Lupita Medina entraba al templo inclinando la cabeza, haciendo reverencia a Dios, Nuestro Señor. Pero también tenía esa reverencia enfrente de la gente que encontraba en las calles, así mostraba su humildad por el servicio a la comunidad. Ella sabía que el orgullo le estorbaba para cumplir la misión que tenían encomendadas junto con don Jesús. «Aquel al que quieren destruir los dioses —dijo Cyril Connolly con gran precisión— recibe antes el calificativo de ‘prometedor’». Dos mil quinientos años antes, el poeta elegíaco Teognis le escribió a Kurnos, un amigo suyo: «Lo primero que le otorgan los

dioses a aquel que van a aniquilar es orgullo». ¡Hemos ‘recogido este testigo’ a propósito!

Para conocer más sobre la vida de Lupita Medina, contacté por correo electrónico a Roberto Manzo, un doctor que vivió con Lupita Medina, y me platicó cosas muy interesantes de Lupita y su esposo don Jesús:

«Era común observar a varios hermanitos llegar a desayunar a la casa de Lupita Medina, porque los mismos padres no tenían algo que ofrecerles. Se llegaban a juntar hasta más de 150 niños, con la necesidad reflejada en sus pantalones llenos de parches o sus camisas rotas por el uso. Muy pocos llevaban al menos unos huaraches, la mayoría descalzos o con zapatos muy viejos. En tiempos de frío era común verlos con el moquillo escurriendo».

Lupita preparaba el desayuno para compartirlo con no menos de seis personas de la tercera edad, así como los niños que no faltaban en visitarle. Era muy raro el día en que no hubiese alguien que fuera a visitarle con la firme intención de pedir alguna ayuda, ya fuera económica

Lupita Divina

o tan sólo algún consejo que necesitara. Tristemente, no faltaron personas que abusaron de su buen corazón; hubo más de una persona que no fueron capaz de corresponder al favor que ella, que con tan buena voluntad les hiciera. Sin embargo, nunca se quejó, al contrario, siempre pedía a Dios por todas ellas.

Siempre había señoras que apoyaban a Lupita a preparar y servir pan, atole, tamales y avena, que se compartía en una gran algarabía.

De pronto aparecía Lupita Medina y regularmente decía: «Buenos días, niñitos. Antes de desayunar vamos a dar gracias a Dios por estos alimentos que él nos ha dado».

Esas palabras recordaban a los niños cuando iban a misa y en la ceremonia de la comunión, el Padre decía: «Mientras comían, Jesús tomó el pan, dio gracias a Dios, lo partió, se lo dio a sus seguidores y dijo: —Tomen este pan y coman, este es mi cuerpo—. Luego tomó la copa y después de dar gracias se la dio a ellos, y dijo: —Beban todos de esta copa, porque esto es mi sangre que establece el nuevo pacto, la cual es

derramada para perdonar los pecados de muchos. Les digo que nunca volveré a beber vino hasta el día en que beba con ustedes el vino nuevo en el reino de mi Padre—.».

Ese era el verdadero significado de Mateo 26:30, el significado de la palabra de Dios, en la cena del Señor. Lupita con el apoyo de don Jesús llevaba los alimentos a esos niños y los dividían en esos memorables desayunos. Era la forma en que Lupita le daba el sentido a los evangelios, los hacía vida y esperanza para esos niños desprotegidos, de esas almas que sufrían en el día a día.

Me escribió también Roberto Manzo que:

«Lupita y su obra “no eran monedita de oro”. Como en todas partes sucede, había personas a quienes no les agrada tal o cual actividad, y aquí no fue la excepción. No tardo mucho tiempo en que alguien no estuviera de acuerdo con tan noble causa y la reportaron con autoridades superiores a las del pueblo (posiblemente a las de Zamora o Morelia), y un grupo de supervisores sorpresivamente fueron a observar cómo y

Lupita Divina

de qué manera se daban esos desayunos. Al final del día, esos supervisores le dijeron a mi madrina: “Sra. Lupita, veníamos con órdenes de que, si esto no estaba funcionando de acuerdo con las normas y regulaciones del Estado, le íbamos a prohibir que continuara haciendo esto, pero nos hemos dado cuenta de que nos mal informaron y lo que usted necesita es más ayuda y alimentos para darle de comer a tantos niños. ¡Que Dios la bendiga a usted y a su esposo, por este acto tan humanitario y generoso!”. Y se marcharon. Cada vez que terminaban de desayunar, y antes de salir de su casa, todos los niños, ya con su barriga llena y el corazón contento, le daban las gracias diciendo: “Gracias Lupita, o tía, o madrina, que Dios se lo pague”; y ella nos contestaba, siempre: “A Dios sean dadas”. Creo que ella lo decía para siempre estar alabando a Dios y agradeciéndole por ayudarla con ese apostolado».

Por eso el compositor Lorenzo Ochoa Sr., le canta a Guadalupe Medina:

José Luis González

*Lupita Medina,
gran sierva de Dios,
camina y camina
con gran devoción.*

*En sus manos lleva
a nuestro Señor,
en forma de hostia
al gran Redentor.*

*Ferviente y humilde
y con mucho amor
se olvida de ella,
se da por los pobres,
no siente dolor.*

*Lupita Medina,
un ángel de Dios,
tu vida completa
serviste al señor.*

*Tu pueblo recuerda
esa gran labor,
aliento de vida,
aliento de amor.*

Lupita Divina

Vivir el Evangelio

LECTURA del primer libro de los Reyes (19, 4-8):

«En aquellos días, Elías continuó por el desierto una jornada de camino, y, al final, se sentó bajo una retama y se deseó la muerte: “¡Basta, Señor! ¡Quítame la vida, que yo no valgo más que mis padres!”. Se echó bajo la retama y se durmió. De pronto un ángel lo tocó y le dijo: “¡Levántate, come!”. Miró Elías, y vio a su cabecera un pan cocido sobre piedras y un jarro de agua. Comió, bebió y se volvió a echar. Pero el ángel del Señor le volvió a tocar y le dijo: “¡Levántate, come!, que el camino es superior a tus fuerzas.”. Elías se levantó, comió y bebió, y, con la fuerza de aquel alimento, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb, el monte de Dios”.».

Lupita Divina

Este era el espíritu de Lupita Medina y don Jesús Torres, ofrecer el pan y las bebidas para mover a aquellos niños y adultos para continuar su camino, levantarlos para recuperar sus fuerzas y salir adelante. Luego los llevaba a su casa de campo para admirar a sus pasos esos regalos de la naturaleza, sobre todo en tiempo de verano, cuando los campos reverdecen y empiezas a brotar los frutos silvestres y aquellos que la mano de hombre sembraba como: maíz, calabaza, frijol y el producto del trabajo de las abejas en las colmenas que por muchos años cuidó don Jesús.

Lupita Medina y don Jesús Torres tenían ese Don Divino de identificar a todos aquellos Elías, quienes caían en la desesperación de esta vida. Les alimentaban no solamente el cuerpo, también el alma, para seguir buscando una mejor vida y soñar con la vida eterna por siempre.

Gracias a sus buenas obras, don Jesús y Lupita Medina eran admirados y apreciados por personas distinguidas, quienes apoyaban periódicamente con dinero o víveres. Entre éstas estaba el

Gobierno de Estados Unidos, cuyo presidente en ese entonces era John F. Kennedy, quien por mucho tiempo le estuvo ayudando a esta causa. A este respecto, recuerdo que los sacos de harina, de avena, de arroz, de azúcar, leche en polvo, etc., tenían nombres en inglés. Asimismo, en esa época había un programa llamado “Alianza para el Progreso”, de la que ella formaba parte también.

Lupita Medina siempre trataba la forma de mantener ocupados a los niños, sobre todo en las cosas de Dios. Siempre estaba invitando a los niños a asistir a misa, entregaba una tarjeta de asistencia, la que ella perforaba por cada asistencia a la iglesia. Al final, cuando se llenaba esa tarjeta, Lupita Media entregaba un premio. ¡Algunos niños traviesos trataban de engañarla, perforando la tarjeta con un clavo! Obviamente, ella se daba cuenta de la trampa y sólo les sonreía y les decía: “Te faltan tantas o ciertas asistencias, aún no terminas”.

Cuando el desayuno terminaba, se alistaba para llevar algún alimento u otro tipo de ayuda a

Lupita Divina

los viejitos o enfermos que no podían ir a su casa. Cuando más tarde la Iglesia lo permitió, también les llevaba el Sacramento de la Comunión, convirtiéndose así en la primera Ministro de Eucaristía en el pueblo. Este apostolado lo acogió con tal devoción que no le importaba qué tan lejos vivieran las personas, o qué tan enferma ella estuviera, pues aun así trababa de cumplir con su ministerio.

Ya terminadas las labores en el pueblo, se preparaba para ir al rancho, acompañada por personas de muy buena voluntad, ya fueran jovencitas o adultas. En camino al rancho no hubo día en que no pasara a saludar a su tía María Muratalla, a su prima hermana y comadre, Josefa González, y el resto de la familia, que ahí residían. Después se pasaba a la tienda de la Sra. María, esposa del Sr. Silverio, cuya tienda estaba ubicada enfrente del campo de fútbol “El Bautisteño” (es sabido que era costumbre cruzar el campo para ir al cerro).

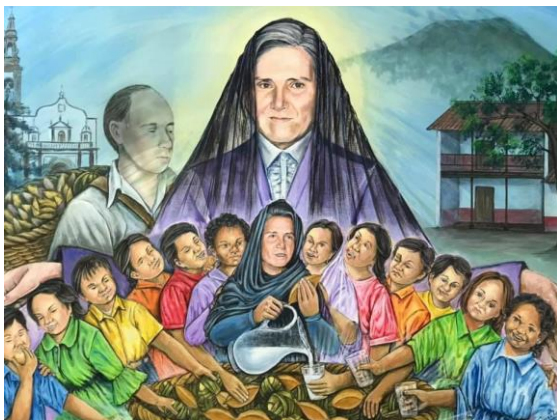
Pasaban por varias tiendas, una plazuela y atravesando el campo de fútbol. Algunos hom-

bre que estaban tomando cerveza escondían la botella cuando pasaba Lupita, don Jesús y la andanada de niños. Era una forma de respeto a la presencia de Lupita, sabían que no era bien visto a los ojos de ella.

Lupita siempre tenía ese semblante de luz y esperanza. Inspiraba confianza, paz y tranquilidad. Le daba sentido al santo Evangelio según San Marcos 10, 13-16: “En aquel tiempo presentaron a Jesús unos niños para que los tocara; pero los discípulos les reñían. Pero Jesús, al ver esto, se enfadó y les dijo: «Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impedáis, porque de los que son como éstos es el Reino de Dios. Yo os aseguro: el que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él» Y abrazaba a los niños, y los bendecía poniendo las manos sobre ellos”.

Era esa la forma más terrenal de cumplir ese evangelio. Esos niños llegaban hasta la casa de Lupita Medina en el cerro y escuchaban la palabra de Dios, la escuchaban con toda su verdad y devoción.

Lupita Divina



Pintura de Aurelio García Lúa, para el “Grupo Lupita Medina por siempre”. Donde se comparte el pan con los niños, con el apoyo de don Jesús Torres. Los 12 niños representan a los apóstoles siendo alimentados por Lupita Medina; a la izquierda la fachada del templo del Patrón Santiago y a la derecha el ranchito o casa de campo de don Jesús a las faldas del cerro La Loca.

Paraíso a las faldas del cerro de La Loca

UNA VEZ cruzando la cerca del terreno conocido como “La Nopalera”, y durante el mismo trayecto, ella procedía a rezar el Santo Rosario. Este hábito diario tan bonito lo rezaba con tanta devoción que el camino, aunque fuera largo, se hacía más corto. Pero, además, a ella le gustaba disfrutar de la naturaleza, observando el azul del cielo (y cuando éste estaba nublado le daba mucho gusto, porque ella decía que la lluvia era símbolo de vida para el campo y buen presagio para los campesinos y sus siembras). Le encantaba ver los campos llenos de flores en las diferentes épocas del año, el canto de los pájaros, las mariposas monarcas, etc. Durante ese trayecto hacia el rancho nos pedía que cortáramos flores del campo para hacer un ramo y ponerlo en las imágenes que tenía del Sagrado Corazón de Jesús y la Virgen de Guadalupe.

El rancho se encuentra en una posición privilegiada, en una meseta al pie del cerro de la

Lupita Divina

Loca, donde siempre se disfrutaba de un clima muy agradable, un terreno cercado con piedras y rodeado de árboles tales como tepeguajes, encinos y algunos capulines.

Don Jesús Torres, el esposo y compañero de vida de Lupita Medina, construyó una modesta casa de campo, de adobe y teja, al lado de un gran tepeguaje, la cual tenía un par de pequeños cuartos, una cocina, y eso sí, un patio muy grande cercado con piedras, una pequeña puerta de madera y muchas plantas, donde disponía de varias mesas y bancos que eran el lugar preferido de los niños.

Una vez llegando al rancho y bajo su dirección, los niños ayudaban a darle de comer a los animalitos como cerdos, gallinas, guajolotes, gatos y pajaritos. Posteriormente, se daba inicio a la preparación de la comida para ese día: unas deliciosas tortillas a mano, salsa de molcajete, sopa de arroz, frijoles, lentejas, queso fresco, verdolagas, ejotes, calabacitas, quesadillas de flor de calabaza, ensalada de nopales o guisados, albóndigas, picadillos, jocoque, natas, re-

quesón, caldo de res o de pollo, algunas veces pescado, mole, enchiladas, tostadas, chiles rellenos, guisados de carne de puerco, bisteces, milanesas, uchepos y varios platillos más. Sin faltar los postres como melón, sandía, fresas, uvas, manzanas, papaya, naranjas, tunas, pitayas, en fin, frutas de temporal: y en tiempo de Cuaresma una capirotada. Pero lo más delicioso era comerse unos ricos chongos, camotes y calabaza enmielados, ates de diferentes sabores, cajeta que ella misma preparaba, o una rebanada de pan que hacía en su horno de leña. En los tiempos de elotes, Lupita y las señoras que le apoyaban, preparaban deliciosos uchepos con jocoque. Lo que también era un deleite eran las guayabas con miel o simplemente un pedazo de miel en penca de sus innumerables colmenas (por cierto, que llegaron a tener más de cien cajones); pareciera que a las mismas abejas les gustaba llegar y quedarse en ese maravilloso lugar.

Diariamente, sin importar lo que estuvieran haciendo, y exactamente a las 12 del mediodía,

Lupita Divina

cuando la iglesia sonaba las campanas, Lupita hacia la invitación, y sin excepción, los hombres se retiraban el sombrero de la cabeza y dejaban de laborar para hacer una oración.

Como de costumbre, siempre se debía dar gracias a Dios antes de comer, y al final, todos los niños daban gracias a Lupita y don Jesús por la comida que habían ofrecido. Como siempre ella contestaba: «A Dios sean dadas».

Recordaba la cita de Juan 6:35: «Yo Soy el Pan de Vida. El que viene a mí nunca tendrá hambre, el que cree en mí nunca tendrá sed». Así se sentían los niños y personas mayores, quienes acompañaban en esas tardes de catequismo, comida y trabajo. Era un gusto ver a Lupita y don Jesús preparando y dirigiendo las actividades, parecía una fiesta cada que se sentaban a comer.

Un bonito recuerdo para tantos niños: siempre y sin excepción, el primer plato de comida que servía Lupita era para su esposo, don Jesús. Roberto Manzo me compartió que don Jesús siempre le pidió que se sentara a su derecha, no

importara quien estuviera presente; un gesto de honor y amor que guardó en su corazón.

Me contó don Miguel Navarro que en una ocasión su hermano menor le llevó unos sacos de arroz y de azúcar a Lupita Medina y se los entregó enfrente de los niños que estaban invitados a comer en su casa, lo que incomodó a Lupita. Lo llevó a la cocina y le dijo en voz baja: «No vuelvas a traer cosas y digas que tú las regalas, porque yo les digo a los niños que está comida nos la manda Dios, Nuestro Señor». Por rescatar los valores católicos para así construir una sociedad más justa.

Lupita Divina

José Luis González

El legado de Lupita Medina

EN PALABRAS del Presbítero Roberto Torres López:

«El gran legado de Lupita Medina fue su gran altruismo y generosidad, al no sentirse deslumbrada por los bienes materiales que supo administrar con honradez. Ella confiaba demasiado en la Divina Providencia, y justamente a partir de ahí, nunca le hizo falta nada, siempre tuvo lo necesario para vivir y para compartirlo con los demás. Yo percibí una entrega enorme de su parte, cumpliendo el mandamiento mayor que nos dejó Nuestro Señor Jesús: “Ama a Dios con todo el corazón”. Así lo hacía Lupita Medina, pero también ama al prójimo, como a ti mismo.

Lupita Medina no hacía distinciones al realizar sus obras benefactoras. Ayudaba de manera genuina y desinteresada a todos los que se le acercaban. Vivió y compartió el Evangelio

Lupita Divina

con sus acciones, sin esperar cosas materiales a cambio. Simplemente fue una sierva de Nuestro Señor.

Lupita Medina vivió en congruencia con el Evangelio, siempre proyectando su amor al prójimo y compartiendo las cosas que ella recibía, con la gente que tanto necesitaba. Muchas veces fue la única persona que ayudaba a las personas abandonadas con comida y palabras de aliento».

Actualmente, el Grupo Lupita Medina Siempre trabaja para seguir los pasos de esta gran mujer a través de acciones como las que ella hubiera hecho con la ayuda de tanta gente de buena voluntad. Para honrar su memoria, hemos llevado a cabo cuatro eventos importantes:

1. Primer Concurso de Pintura “Lupita Medina”, que contó con una amplia participación de niños y adultos de nuestro pueblo. Los trabajos concursantes fueron expuestos en la plaza principal el 17 de diciembre del 2021.

2. Primera Caminata a la Casa de Lupita Medina, desde la plaza principal de Tangamandapio hasta la casa de campo de Lupita Medina, que culminó con una misa concelebrada por los sacerdotes Vivaldo Oregel Cuevas y Roberto Torres López.

3. Entrega de 28 pares de zapatos nuevos a la niñez de escasos recursos, el 24 de diciembre del 2021.

4. Entrega de 300 suéteres a la niñez de escasos recursos, el 6 de enero del 2022.

Con estas acciones queremos conservar y promover el espíritu solidario y de empatía que nos legó Lupita Medina, dando a conocer a las nuevas generaciones la vida y obra de una mujer ejemplar.

Lupita Divina



Lupita Divina

En amorosa memoria de

Guadalupe “Lupita” Medina

[Amelia González]

Agosto 23,
1917 - 2014



José Luis González

González y González, José Luis.

(Tangamandapio, Michoacán, 19 de mayo, 1962). Nació en la calle Madero, barrio de Arriba, entre la tienda de Pancho Quintero y la Plaza de la Cal. Es hijo de Luis González Campos, originario del Nopalito, y de Guadalupe González Arroyo, del barrio de Arriba. Estudió en la Escuela Oficial Justo Sierra hasta el quinto año, donde ahora se encuentra la Casa de la Cultura, y el sexto año en la Escuela Primaria presidente Lázaro Cárdenas, siendo de las primeras generaciones en estudiar en esa nueva escuela. Estudió la secundaria en la Escuela José Palomares Quiroz (Zamora), en los vehículos de la familia Cuevas; como el Potro, Sócrates, 33 y Chavindas.



Hasta los 15 años vivió en Tangamandapio, donde disfrutaba de los caldos de res y arroz casero, visitando la plaza en los domingos nocturnos. Creció viviendo el Vía Crucis de Semana Santa, donde llegó a participar. Ahorraba para poder disfrutar de la fiesta del 25 de julio, mientras en diciembre acudía a la peregrinación de La Virgen y las posadas; donde los cuadros “vivientes” y los nacimientos en las casas de Celia Robles, Teresa Villanueva y Lupita Medina, lo maravillaban. Estudió la Preparatoria, la Ingeniería Petrolera y una maestría en la CDMX. A partir de 1985 comenzó su vida laboral. Aunque desde hace 45 años vive fuera de su pueblo, procura visitar a su familia dos o tres veces al año. Así se nutre de sus raíces y saluda a quienes lo recuerdan. En el presente es parte del Grupo Lupita Medina Siempre, que junto con otros colectivos, busca mantener, preservar y apuntalar el legado de la mujer maravillosa de Tangamandapio.

Lupita Divina



Ediciones Ave Azul es un proyecto que cree en la libertad de expresión como parte fundamental de la experiencia humana y el arte, y que busca ser un espacio para la divulgación de la literatura, la ciencia y el pensamiento humano. De esta manera, se promueve el diálogo entre los artistas y la sociedad para completar el círculo de la comunicación. Los autores mantienen todos los derechos sobre su obra, y esta plataforma es sólo un medio para su divulgación.

Si te gusta nuestro trabajo, puedes encontrarnos en nuestra página web, en Amazon y otras plataformas semejantes, además de las redes sociales de nuestros autores. Algunos de nuestros proyectos pueden ser gratuitos y otros tener un costo de recuperación para compensar a los autores y que puedan generar un medio de vida digno que les permita seguir generando contenido nuevo. También puedes contactarnos para conocer mejor estas propuestas y saber de qué otra forma puedes apoyar.

Si te agrada lo que estamos haciendo, apóyanos con la difusión de la Editorial.

Muchas gracias
Fb: Ediciones Ave Azul
www.aveazul.com.mx

Impreso en México